

LAS CONSECUENCIAS REGIONALES

La guerra tendrá un fuerte impacto en la región que rodea a Irak, desde una Turquía opuesta a la creación de un Estado kurdo, a un Irán receloso de la vecindad norteamericana o una Palestina convencida de que Israel será el gran beneficiado. Por medio, está el riesgo de renacimiento del islamismo radical en la zona

INDIGNACIÓN ÁRABE, TEMOR AL EXTREMISMO

El peligro de otra 'yihad'

JAVIER VALENZUELA

Me temo que algunos civiles occidentales, aunque no sean culpables del ataque a Irak, sufrirán las consecuencias de las políticas de sus Gobiernos", declaró el 11 de marzo el jeque Hamza Mansur, líder del jordano Frente de Acción Islámica. Como ya habían hecho antes Osama Bin Laden y otros caudillos islamistas, el jeque Mansur tildó de cruzada la guerra desencadenada por EE UU contra Irak, y añadió que "todos los musulmanes del planeta" están "obligados a oponerle la *yihad* o guerra santa defensiva", y ello "con todos los medios a su alcance". Preguntado sobre esos medios, el líder islamista jordano respondió: "No se puede luchar con rosas".

Durante los últimos meses, los regímenes árabes, los pronorteamericanos de Egipto y Arabia Saudí y los *rebeldes* de Siria y Libia, han advertido de que la guerra contra Irak es "contradictoria" con la lucha contra el terrorismo islamista declarada por George W. Bush tras el 11-S. Los especialistas en integrista musulmán han estado de acuerdo. "Bush, con su lenguaje mesiánico y su guerra contra Irak", dice el egipcio Diaa Rachwan, "es el mejor regalo que podían recibir los islamistas: confirma su tesis de que en Washington gobiernan fundamentalistas cristianos, emparentados con Israel y empeñados en destruir el mundo árabe y musulmán".

Odio a Sadam

Los llamamientos a la *yihad* contra EE UU se han multiplicado en las últimas semanas. Y no sólo de líderes islamistas, sino también de ortodoxos y conservadoras como los ulemas de la Universidad teológica egipcia de Al Azhar. ¿Es que Sadam es apreciado por los musulmanes practicantes? En absoluto. Es odiado por los shíites de Irán, Irak y Líbano, que no olvidan la guerra injusta y brutal que libró contra el país de Jomeini y sus constantes tropelías en el sur del mismo Irak. En cuanto al mayoritario mundo suní, la tiranía secular de Sadam jamás ha sido apreciada por los creyentes. El propio Bin Laden detesta al líder iraquí y quiso combatir contra él en 1991.

El problema estriba en que esta vez los argumentos de Washington no convencen a casi nadie en el mundo árabe y musulmán, lo que supone una gran diferencia con 1991. Ni siquiera a los Gobiernos. Hace semanas, Amr Mussa, secretario general de la Liga Árabe, declaró a EL PAÍS que ningún vecino árabe de Irak, excepción hecha de Kuwait, se sentía amenazado por el acorralado y debilitado Sadam. Y añadió que las armas de destrucción masivas en poder de Israel y su brutal represión de la Intifada palestina les parecían a los Gobiernos árabes un peligro mayor y más urgente. La cumbre



Policías iraquíes con atuendo de kamikazes, en un desfile por Bagdad el 5 de marzo.

REUTERS

El recelo de los regímenes árabes

AUTORITARIOS y corruptos en su gran mayoría, e incapaces de promover un desarrollo vigoroso y una mínima justicia social, los regímenes árabes temen que la guerra contra Irak despierte grandes movilizaciones populares antiamericanas que les pongan a ellos en peligro. Es lo que le han reiterado a Washington en los últimos meses los dirigentes de países pronorteamericanos como Egipto, Arabia Saudí, Jordania o Marruecos. También han señalado que los islamistas pueden ser los principales beneficiarios del descontento popular.

Junto al drama palestino y el imperialismo de EE UU, la incapacidad de esos regímenes para dar pan y libertad a sus pueblos es una de las raíces de la fortaleza del integrista musulmán. Regímenes *rebeldes*, como el de Siria, que da cobertura al Hezbolá libanés y el Hamás palestino, temen más bien figurar entre los próximos objetivos de la campaña contra el *eje del mal*. Arabia Saudí, cuna del integrista wahabí, de Bin Laden y la mayoría de *kamikazes* del 11-S, comparte el Irán, musulmán aunque no árabe, ya está incluido en el *eje*.

árabe de Sharm el Sheij adoptó el 1 de marzo esa posición.

Tampoco ha convencido a los sectores laicos y democráticos la zanahoria de la remodelación de Oriente Próximo esgrimida por Bush. Personajes tan prestigiosos como el cineasta egipcio Yusef

Chahine y el escritor palestino-norteamericano Edward Said han expresado su profundo escepticismo respecto a la idea de que la invasión de Irak introduzca la democracia en el mundo árabe. "Bush", según Said, "es la América ultra de la Biblia y el fusil y de

la complicidad con los halcones israelíes. Muy poco creíble como un apóstol de la democracia".

Antes de que comenzara, la guerra provocó una rara unanimidad en el mundo árabe. Son escasos los que creen que tiene que ver con el peligro del arsenal de Irak.

Lo que EE UU pretende, según creencia casi unánime, es desfogar sus sentimientos de venganza por el 11-S, atestiguar su papel imperial, hacerse con el petróleo iraquí y reducir su dependencia del saudí, reforzar la seguridad de Israel y dibujar un nuevo mapa de Oriente Próximo a su medida.

Es probable que EE UU gane rápidamente la guerra, pero, según Diaa Rachwan, "ya ha perdido la batalla política en el mundo árabe y musulmán al cosechar tan unánime oposición". Y lo peor está por venir. "La ocupación de Irak", dice el analista egipcio, "será la tercera de un país musulmán por fuerzas extranjeras desde el final de la II Guerra Mundial, tras las de Palestina por los israelíes y Afganistán por los soviéticos, y también tendrá consecuencias violentas y duraderas".

Aunque aborrezcan a Sadam, los islamistas moderados de organizaciones como los Hermanos Musulmanes de Egipto o extremistas como los Al Qaeda, el Hezbolá libanés o el Hamás palestino, han identificado la guerra de Irak con la anexión israelí de Jerusalén y la invasión de Afganistán. "No podemos aceptar que los cruzados norteamericanos se asienten en un país musulmán", dice el jeque jordano Mansur. "Todos los musulmanes deben atacar intereses de EE UU en cualquier parte del planeta en respuesta a la agresión a Irak", proclama el jeque Ahmed Yasín, líder espiritual de Hamás.

Es lo que predicán y practican desde hace unos años Bin Laden y su Al Qaeda, la primera internacional de la *yihad* antianorteamericana. De ahí que el ministro libanés de Cultura, Ghasan Salamé, expresara en febrero su temor a que la política iraquí de Bush provoque "varios 11-S". Y es que Bin Laden no declaró su sanguinaria guerra santa contra EE UU porque no le guste el modo de vida norteamericano, sino por "la política norteamericana en Oriente Próximo", como subraya Peter Bergen. El nuevo capítulo de esa política puede provocar que otros grupos islamistas se sumen, con sus propios militantes, métodos y objetivos, a la *yihad* de Bin Laden.

El ataque a Irak se añade a una lista de agravios denunciada por los islamistas en sermones, panfletos y casetes y sus intervenciones en Al Yazira. Una lista que incluye el "doble rasero del Gran Satán frente a la cuestión palestina, su apoyo a regímenes autoritarios como el de Mubarak y su presencia militar en Arabia Saudí, tierra de las sagradas La Meca y Medina". Decenas de millones de árabes y musulmanes viven con ultrajes esos hechos, extraordinario caldo de cultivo para los *yihadistas*. En el caso de Irak, "dice Diaa Rachwan, los islamistas comparten la indignación con los nacionalistas laicos árabes, los herederos de Nasser, los baazistas sirios e iraquíes y los palestinos de la OLP".

El cóctel es explosivo. La guerra puede ser sólo el aperitivo de acontecimientos violentos que se prolongarán durante años.